

A mis queridos jabalíes...



José Luis Torío

Quizá ya he comentado en más de una ocasión que el flechazo tuvo lugar por tierras alcarreñas. De esto hace ya bastante tiempo, y todavía perdura en mi retina la imagen de aquel esquivo cochino, atrochando por entre las tupidas jaras con la crin erizada. Apenas se dejaba ver ni oír, más bien le intuía por dónde iba que adónde estaba, tardó un mundo en destaparse mientras mi corazón en adrenalina se ahogaba. Por su tardanza creí que no atravesaría nunca al claretal de un barranquillo en el que le esperaba, eterno discurrió el lance, hasta que por fin logré inmortalizarle. Y, créanme, desde entonces sigo encastrado de esta especie.

Mira que dicen de ellos que son toscos, feos y primitivos, de mil maneras despectivas les apodan y, qué quieren que les diga, me parece injusto. ¡Con tanto como han hecho estos animales por la caza y el cazador, y luego que la gente no lo valore! Más de una vez, enfatizando mis palabras, contesto que tan sólo hace cinco lustros, por citar una fecha aproximada, había muy poca caza mayor, lo cual debería hacernos meditar al respecto, y entonces valoraríamos como merece la idílica situación actual. Pocos quieren darse cuenta de que la explosión demográfica de estos suidos, en tan corto espacio de tiempo, ha sido espectacular, y añadido, lamentablemente, en la gestación de este milagro cinegético poco o nada hemos tenido que ver los cazadores.

Por eso, ahora que todo es felicitarlo alrededor del jabalí, desearía que todos tomásemos conciencia de lo que ha supuesto este regalo de la naturaleza, y de la importancia que tiene aprovechar ordenadamente este recurso, tanto para nosotros como para el medio.

Reconozcamos que la presión sobre el jabalí empieza a ser desmedida. Infinidad de monterías, ganchos y pichivatas tienen como protagonista único a esta especie, y no es sólo eso, sino que la mayoría de las manchas se cubren con infinidad de puestos de tal forma que es imposible que escape ningún animal, sin que existan limitaciones o cupo. Por si fuera poco, su caza también se autoriza, en algunas Autonomías, mientras se rececha al corzo o al venado. ¿Y qué decir de las esperas?, los aguardos se han convertido en el complemento ideal para empatar una con otra temporada, sin darnos cuenta de que, a la larga, esta presión desmedida puede resultar contraproducente. Lamentablemente ya lo estamos padeciendo, sólo hay que fijarse en la calidad de los trofeos que se ven en las monterías, y el motivo no es otro, que los innumerables aguardos que se realizan a lo largo del año.

Aquellos que adoramos a los cerdosos salvajes creemos que es necesario desarrollar, con carácter de

urgencia, una reglamentación específica sobre su caza. Es fundamental regular las superficies mínimas que deben reunir las manchas de caza mayor para dar batidas, el número de puestos que se deben colocar en éstas y el de las rehalas; y si hablamos de los aguardos, convendrán conmigo que hay que empezar a fijar cupos y limitaciones selectivas, incluso plantearse la posibilidad de que, en los planes técnicos, un terreno cinegético se declare apto para cazar de una u otra forma específica. Todo menos despilfarrar un activo cinegético que ha sido capaz de mover los cimientos venatorios de un país.

Sí, entiendo que puedo estar exagerando, pero como les quiero tanto, me van a disculpar que sea tan vehemente cuando hablo de ellos. ■

